

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

LA ceremonia de anoche en el Palacio de Oriente es un paso más, ahora casi definitivo, en el comienzo

de una nueva etapa para España. La presidencia del Rey, anfitrión de las once delegaciones europeas, elevaba el acto sobre la arena de la política diaria para prestarle el contenido histórico que en verdad tenía.

A pesar de todas las concesiones innecesarias; a pesar también de todos los errores cometidos en la negociación, y por encima de los intereses de partido que se han hecho presentes un día y otro, no es

posible perder de vista el verdadero alcance del Tratado suscrito ayer por España. Algo enteramente nuevo va a ocurrir con la firma de ese compromiso: las leyes de Europa, las normas que obligan a todo el conjunto comunitario van a obligarnos a los españoles, políticos, profesionales, empresarios y trabajadores a aceptar un marco legal que dejará poco espacio a la discrecionalidad y al arbitrio que durante tantos años han trastornado nuestra vida pública. Este es un cambio copernicano y es también un principio de racionalidad indispensable para modernizar nuestro país. Esta es la gran conquista de nuestra adhesión a las Comunidades Europeas y al lado de ella ceden todas las debilidades y oportunismos con que los mandatarios de don Felipe González han llevado a término la ardua negociación.

La integración en la Comunidad es buena en todo caso, pero no conviene caer en la ingenuidad. Se ha dicho, con razón, que el Gobierno socialista español ha llegado a firmar, con enorme esfuerzo, un mal tratado. Es, en efecto, un mal tratado para España y el análisis se hará, con el rigor y profundidad necesarios, a lo largo de las semanas y los meses próximos. No seamos superficiales: el ingreso en la Comunidad no es la solución de los problemas,

Editorial

AYER EN PALACIO

sino el comienzo de una nueva etapa que nos traerá también muchos quebraderos de cabeza. De 1986 en adelante viviremos en medio de nuevas dificultades, pero dentro de una Comunidad poderosa y, sobre todo, comprometida en un gran programa de futuro. En nuestro reducido marco hubiéramos vivido quizá con menores dificultades, pero sin horizonte nacional alguno. Este criterio excluye todas es-

empresarios del sector lácteo, pasando por muchas industrias y sociedades de servicios. Pero ésta es, como decía Schumpeter, la destrucción creadora, la ruptura inevitable que nos permite avanzar. Si el talento político y la dureza negociadora de la Gran Bretaña hubiera servido de ejemplo a los plenipotenciarios españoles, nos halláramos hoy ante un acuerdo mucho menos traumático. Por eso hay que felicitar a España, sin autorizar a los negociadores españoles una inútil campaña de autoelogios.

Hay algo, sin embargo, que importa subrayar. La ceremonia de ayer estuvo ennoblecida por encima de las contingencias de la política diaria, por un aire de dignidad y de grandeza difícil de definir. La presencia de once naciones, grandes y pequeñas, todas ellas de noble y azarosa tradición, estaba presidida por un Rey que tiene tras de sí toda la historia de Europa. Desde ese emplazamiento y desde esos muros se decidió en el pasado la suerte de Alemania, de Flandes o de Italia, mientras se proyectaba la invasión de Inglaterra o Portugal. Por eso carece de sentido decir que España entra en Europa, de la que ha sido fundadora y madre, con las otras cuatro grandes culturas europeas. Los plenipotenciarios extranjeros escucharon unas palabras muy breves de su anfitrión, que no sólo era en la noche de ayer una persona: el Rey era,

PALABRAS DEL REY EN EL ACTO DE LA FIRMA

«Bienvenidos a España. Bienvenidos a Madrid, su capital. Bienvenidos a este Palacio de Oriente. Como acostumbramos a decir los españoles, sentíos en vuestra casa.

España se honra en recibir a los más ilustres dignatarios de las Comunidades europeas y de las naciones que las integran. Encarnáis lo que el pueblo español entiende por Europa: los principios de libertad, igualdad, pluralismo y justicia, que también presiden la Constitución española. El pueblo español os recibe satisfecho y consciente de la alta significación que este acto encierra.

Si vuestros países son Europa, España lo es también por su cultura y por voluntad secular. En el alba de la época moderna, al constituirse la comunidad internacional, España estaba presente como uno de los primeros Estados-nación constituidos en nuestro continente.

Antes, España, este país que convivió durante siglos con las culturas islámica y hebrea, este país que asentó su condición de nación en una empresa transeuropea llamada América, nunca quiso dejar de ser Europa. A lo largo de la historia, España ha estado presente en los principales esfuerzos de Europa y se propone seguir estándolo.

Estamos hoy aquí sancionando la participación de mi país en el proyecto común europeo. Esto representa una responsabilidad para todos nosotros, y los Gobiernos españoles sabrán cumplir el compromiso europeo de España.

Vivimos un gran día para España y para Portugal, la nación peninsular hermana. Juntos emprendemos una andadura que ha de vivificar nuestras relaciones. Vivimos un gran día para Europa. Un día que debe tener también significado positivo más allá del continente europeo.

No es la primera vez que digo que Europa es transeuropea: que en su ser está el tratar de ir más allá de sí misma. Una Europa cerrada, desdeñosa de lo ajeno, sería menos Europa. Por eso, España, al poner de manifiesto constantemente sus vínculos con los pueblos de habla hispánica, al fomentar la amistad con el mundo árabe y africano, no disminuye su europeidad, sino que la manifiesta creadoramente.

Señores primeros ministros, señor presidente del Consejo, señores presidentes de las instituciones comunitarias, excelencias, señoras y señores: es para mí una especial satisfacción invitaros a que procedáis a dar testimonio del empeño que todos compartimos de ampliar las Comunidades europeas. Y más allá de la voluntad común de construir una Europa unida, lo que constituye un objetivo que llena de esperanzas nuestro futuro.»

JUAN CARLOS I

tas operaciones retribuidas con las que el poder defiende en estos días un optimismo tan peligroso como artificial. Cuando lo cierto es que el Impuesto sobre el Valor Añadido disparará nuestra inflación en los años próximos, la competitividad exterior aumentará nuestro desempleo, mientras van a la quiebra incontables empresas medianas y pequeñas, desde algunos bodegueros hasta ciertos

sobre todo, una institución garante de la estabilidad de esta vieja nación. La estabilidad de Europa es, sobre todo, la estabilidad de sus instituciones. Por eso la presencia de una España estable, abierta y democrática, capaz de cambiar y progresar a partir de su estabilidad institucional, era el espíritu que latía en el acto de anoche, en el Palacio Real de Madrid.